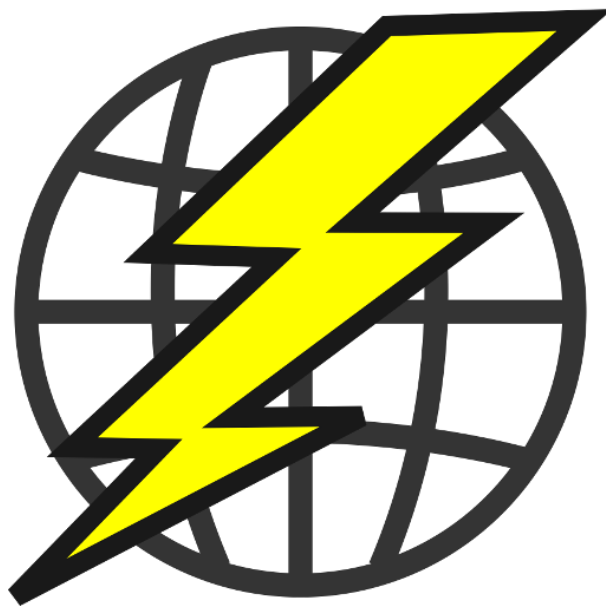


Una moral fundada sobre el futuro



Introducción

Escribió Engels en el «AntiDüring» (1878) que la moral proletaria «presenta el futuro en la transformación del presente». No solo estamos convencidos de ello, sino que pensamos que la confrontación entre la moral comunista y la moral burguesa imperante juega cada día un papel más importante en el desarrollo de la conciencia de nuestra clase.

En las siguientes páginas argumentaremos que la moral comunista está fundamentada en la relación de la clase con el futuro -por lo que es capaz ya de percibir la abundancia en ciernes en el presente- y que a través de una ética colectiva del trabajo y el conocimiento es capaz de superar al miedo permanente a la vida que destila el capitalismo, miedo metamorfoseado en mil formas metafísicas, entre ellas, el miedo a la muerte.

Momias, viejos carteles, estéticas y músicas. Los epígonos de la vieja contrarrevolución reducen una y otra vez el comunismo y su militancia a una nostalgia, un juego de rol de viejos desfiles y símbolos. Nada más ajeno ni distinto del ser comunista. La dialéctica materialista nos enseña que nada tiene opción de sobrevivir en el presente si no prefigura el futuro. Solo materializando el futuro, en contradicción abierta con un pasado capitalista que se proyecta más allá de su tiempo histórico a costa de descomponer a la sociedad entera, los trabajadores podemos hacernos presentes hoy.

Esa era la perspectiva del propio Marx cuando decía que:

La revolución social del siglo XIX no puede sacar su poesía del pasado, sino solamente del porvenir. No puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración supersticiosa por el pasado. Las anteriores revoluciones necesitaban remontarse a los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido. La revolución del siglo XIX debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para cobrar conciencia de su propio contenido. Allí, la frase desbordaba el contenido; aquí, el contenido desborda la frase.

Carlos Marx. El 18 Brumario de Napoleón Bonaparte, 1852

En la mirada materialista y dialéctica, el futuro, la sociedad comunista, da forma al presente a través de la organización de la clase. Es ahí, en tanto que materialización consciente del mañana, ya presente en el ser de la clase universal, que los revolucionarios se convierten en tales. No va de aceptar un credo ni de compartir banderas o símbolos, se trata de hacer presente la universalidad y el proyecto desmercantilizador que el proletariado lleva en sí en sus necesidades y existencia dentro de la sociedad capitalista.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los

intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Carlos Marx y Federico Engels. Manifiesto Comunista, 1848

Es esa perspectiva de futuro y solo esa, la desmercantilización, el paso a una sociedad de abundancia, sin trabajo asalariado ni trabajo forzado por la necesidad, la que hace que algo, empezando por el propio movimiento de los trabajadores pueda ser considerado «socialista» o «comunista».

El objetivo final del socialismo es el único factor decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia y el radicalismo burgueses, el único factor que transforma la movilización obrera de conjunto de vano esfuerzo por reformar el orden capitalista, en lucha de clases contra ese orden, para suprimir ese orden.

Rosa Luxemburgo. Reforma y Revolución, 1900

Tanto es así, que es en relación con esa perspectiva que se define la existencia política de nuestra clase. Ni la clase ni el partido, en tanto que grupo más avanzado de la clase que batalla por su constitución como sujeto político, pueden existir más que como movimiento, como «tendencia a una finalidad». Finalidad que no es otra cosa que la eliminación de la mercancía y el estado, la instauración de una sociedad comunista.

El concepto de clase no debe pues suscitar en nosotros una imagen estática, sino una imagen dinámica. Cuando distinguimos una tendencia social, un movimiento hacia determinadas finalidades, podemos reconocer la existencia de una clase en el verdadero sentido de la palabra. Sin embargo, entonces existe, de manera substancial si no aún de manera formal, el partido de clase. Un partido vive

cuando viven una doctrina y un método de acción. Un partido es una escuela de pensamiento político y, por consiguiente, una organización de lucha. El primero es un hecho de conciencia, el segundo es un hecho de voluntad, más precisamente, de tendencia a una finalidad. Sin estos dos caracteres nosotros no poseemos ni siquiera la definición de una clase. El frío registrador de datos puede, repitámoslo, constatar afinidades en las condiciones de vida de agrupamientos más o menos grandes, pero sin aquéllos ninguna huella se graba en el devenir de la historia.

Amadeo Bordiga. Partido y Clase, 1921

Y tan fuerte es esta tensión hacia el futuro en todo cuanto define a la clase, que la principal lección de la experiencia revolucionaria no se dio en el ámbito de lo hecho o en relación con lo materialmente conseguido en lo inmediato. Es la lógica con la que Marx mira a la Comuna de París para decirnos que «la gran medida social de la Comuna fue su propia existencia» y las medidas concretas tan solo una expresión de ella y sus circunstancias. Y es también la lógica desde la que Munis y Peret afirman, sacando balance de la oleada revolucionaria de 1917-37 que:

Sólo la desaparición de la ley mercantil del valor, basada toda ella en el trabajo asalariado, acarreará la extinción del Estado. Sin adentrarse en ésta desde el principio mismo de revolución, el Estado se transforma rápidamente en el organizador de la contrarrevolución.

Pro Segundo Manifiesto Comunista, 1961

Porque los comunistas, sean Marx, Engels, Luxemburgo, Lenin, Bordiga, Trotski, o Munis, siempre y únicamente han construido y juzgado exclusivamente desde y para el comunismo, esa etapa social:

Cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la

primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!

Carlos Marx. Crítica del programa de Gotha, 1875

Una faceta importante de esta visión dialéctica según la cual el futuro condiciona el presente, es que genera una moral política y una ética individual muy diferentes a las del hooligan pintando de rojo que vemos por las redes. La ética del revolucionario es una ética de la abundancia y de la toma de conciencia.

El gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, todos los procedimientos y métodos indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de las demás sin su propio concurso; o que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su [auto]organización, sustituyendo tal cosa por la adoración de los «jefes». Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores.

León Trotski. Su moral y la nuestra, 1939

El propio Trotski resume la larga perorata defensiva que es «Su moral y la nuestra», con un dicho popular casi poético y sin duda dialéctico:

Es preciso sembrar un grano de trigo para cosechar una espiga de trigo.

Los medios dan forma a las consecuciones y los fines. Y el único medio que lleva a un movimiento de clase a ser capaz de tomar el poder es el desarrollo de la conciencia de los trabajadores.

No hay lugar para la complacencia porque no nos medimos frente a lo inmediato, nos medimos una y otra vez frente a un futuro que no acepta componendas ni atajos.

Es preciso romper tajantemente con tácticas e ideas muertas, decir a la clase obrera sin reticencias toda la verdad, rectificar sin duelo cuanto obstaculice el renacer de la revolución, proceda de Lenin, Trotsky o Marx mismo; [es preciso] adoptar un programa de reivindicaciones en consonancia con las máximas posibilidades de la técnica y la cultura moderna puestas al servicio de la Humanidad.

Pro Segundo Manifiesto Comunista, 1961

II

Para el marxismo, Comunismo es la sociedad desmercantilizada, la abundancia, la liberación del Hombre de la esclavitud del trabajo asalariado, de la división del trabajo... y sobre todo, de la escasez. El comunismo es el futuro pero no en el sentido de algo que quedara solo para mañana, para una «tierra prometida» después de la revolución.

El comunismo no es un estado que debe implantarse, un ideal al que ha de sujetarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual.

Marx y Engels. La Ideología alemana, 1846

Lo que la dialéctica nos enseña es que la perspectiva del fin de la escasez determina el presente a través de las fuerzas que lo impulsan. En primer lugar, la más importante de ellas, el trabajo y su materialización, la clase. Pero de un modo aun más concreto, la forma de ser y mirar el mundo de los comunistas.

La mirada comunista es una mirada desde el futuro, es capaz de ver en cada cosa el sentido de la abundancia, descubrir cómo cada avance tecnológico o cultural del pasado se inserta en un esfuerzo de la especie para liberarse de la escasez. Esa es la maravilla de los textos históricos de Marx, del mismo Manifiesto o de los textos sobre el colonialismo, cuando pondera la expansión del capitalismo por muy consciente que sea de las formas criminales, genocidas a veces, en que se dio en términos históricos.

Bien es verdad que al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la Humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes,

Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución. En tal caso, por penoso que sea para nuestros sentimientos personales el espectáculo de un viejo mundo que se derrumba, desde el punto de vista de la historia tenemos pleno derecho a exclamar con Goethe:

¿Quién lamenta los estragos

Si los frutos son placeres?

¿No aplastó miles de seres

Tamerlán en su reinado?

Carlos Marx. La dominación británica de la India, 1853

Es decir, la perspectiva del futuro comunista, el desarrollo de las fuerzas productivas, de la capacidad de la especie para transformar la Naturaleza de modo cada vez más efectivo prima sobre todo lo demás. Da sentido a cada cosa y nos permite mirar con orgullo materialista, libre de todo sentimentalismo, la historia de nuestra especie. Historia que a grandes rasgos no es sino el relato contradictorio, conflictivo y terrible, sanguinario muchas veces, del progreso de la especie hacia su liberación, hacia su reunificación en una única comunidad humana no fracturada por divisiones de clase y todo lo que conllevan. Al poner Marx cada momento del gran proceso histórico en la perspectiva del comunismo, cada evento, cada cosa, toma sentido en el gran relato de la reunificación de la Humanidad en una sociedad sin clases.

Esto nos enseña algo fundamental sobre la consciencia de clase: es el primer brote de una verdadera consciencia humana, una consciencia de la especie. Y como tal es también el primer destello de una moral verdaderamente humana, capaz de disfrutar y celebrar cada conquista de la especie tomada como un todo, desde lo más pequeño a lo más grande, repudiando los particularismos, sin dejar de ver la lucha de clases en cada elemento, pero entendiendo el conjunto como parte de un desarrollo mucho más amplio hacia una Humanidad reunificada.

Un ejemplo menor: prácticamente toda la gastronomía - asquerosamente disfrazada de «nacional» en estos tiempos- es una celebración del progreso de la Humanidad, de sus avances para reunificarse como especie. En cada plato «tradicional» se esconden gigantescos movimientos históricos y prodigiosos avances: desde el fuego y la agricultura al nacimiento del mercado mundial que hace posible -en la explotación, la alienación y la opresión de hoy- una experiencia humana universal de la vida y el trabajo. Tomemos un tradicional mole poblano. ¿Qué lo hace posible? El txocolatl azteca que se hace chocolate al encontrarse con el azúcar llevada por los mercaderes árabes a Andalucía y desde ahí, de la mano de los campesinos portugueses, a Canarias, desde donde el mismo Colón las llevará a Cuba. ¿Y qué decir de la pimienta que usa la receta que llega a Europa cruzando todo el Viejo Mundo y a América traída por las primeras flotas que cruzan el Pacífico? Y no es distinto en las cosas más vulgares y cotidianas: allá donde hay un tomate y un pimiento está narrada la Historia de la Humanidad construyendo las bases de lo que luego será el mercado mundial y para ello desarrollando la ciencia de la navegación, la Astronomía, la ingeniería naval...

La capacidad de disfrute que ganamos al hacernos conscientes de lo que significa cada cosa cotidiana cuando la ponemos en la perspectiva del comunismo, es un adelanto, un destello de esa «liberación de los sentidos» que el comunismo implica necesariamente como paso a «la verdadera historia de la Humanidad». La conciencia de clase es liberadora en más de un sentido y no es menor que se materialice en la forma de ser, en la ética cotidiana de los comunistas como un «ethos», como una forma de ser capaz de descubrir y disfrutar la obra histórica de la especie en todo cuanto nos rodea.

Esa ética de la abundancia, esa capacidad para ver la abundancia posible en la miseria material y moral impuestas por la división de clases, es la que alimenta una moral revolucionaria. Nos lleva a vivir el conocimiento, la toma de consciencia y la actividad junto al resto de nuestra clase como un hacer y aprender colectivo y compartido que nos libera desde ya de la atomización y la soledad, rompiendo los espejos deformantes de la alienación.

Está permitido todo lo que conduce realmente a la liberación de la humanidad. Y puesto que este fin solo puede alcanzarse por caminos revolucionarios, la moral emancipadora del proletariado posee -indispensablemente- un carácter revolucionario. Se opone irreductiblemente no solo a los dogmas de la religión, sino también a los fetiches idealistas de toda especie, gendarmes ideológicos de la clase dominante. Deduce las reglas de la conducta de las leyes del desarrollo de la humanidad, y por consiguiente, ante todo, de la lucha de clases, ley de leyes.

León Trotski. Su moral y la nuestra, 1938

Como toda moral, la moral comunista nos impone deberes. El primero de ellos aprender y criticar para poder protestar y luchar sin caer en las constantes trampas de los discursos dominantes. El comunista debe entender cada sentimiento de opresión y repudiar la opresión misma, tanto como toda ideología que lo instrumentalice para mantener el estado de cosas existente.

El deber de protestar contra la opresión nacional y de combatirla, que corresponde al partido de clase del proletariado, no encuentra su fundamento en ningún «derecho de las naciones» particular, así como tampoco la igualdad política y social de los sexos no emana de ningún «derecho de la mujer» al que hace referencia el movimiento burgués de emancipación de las mujeres. Estos deberes no pueden deducirse más que de una oposición generalizada al sistema de clases, a todas las formas de desigualdad social y a todo poder de dominación. En una palabra, se deducen del principio fundamental del socialismo.

Rosa Luxemburgo. La cuestión nacional y la autonomía, 1908

Luchamos por una humanidad reunificada, que haya superado las escisiones y fracturas impuestas por la división en clases. Entendemos sin embargo que esta fractura fue necesaria en un momento histórico para el desarrollo de nuestra especie que se vio así alienada de sí misma tanto como cada humano estaba condenado estar alienado (ser ajeno) a los logros la sociedad de la que era parte y su significado. Desde

el momento en que aparecen las clases emerge con ellas, inevitablemente, la lucha de clases, y solo la lucha de la última clase explotada, la clase universal de los trabajadores, restañará la herida acabando con las clases mismas.

Creemos de verdad que la especie puede, debe en este momento de su desarrollo histórico, convertirse en una comunidad, es por eso -y no por un supuesto amor a las normas o los bienes comunes- por lo que nos llamamos comunistas. Y por eso cada forma opresión, de abuso, de separación de nuestros congéneres, o sus simétricos -el servilismo, la sumisión, el culto a la personalidad, la autoalienación- nos hacen bullir la sangre.

Eso es ser comunista, tener una moral comunista: una inmensa capacidad de disfrute derivada de comprender el por qué de cada cosa en la perspectiva de su servicio al futuro de la especie, una fe material -material porque está sustentada científicamente- en la posibilidad de que nuestra especie supere la escasez y sus fracturas internas a través de la lucha de nuestra clase, y un rechazo visceral a cuanto ata al género humano a la miseria material y espiritual.

Capaces de disfrutar de cada cosa creada por nuestra especie por lo que significa, felices de celebrar lo humano hasta en sus manifestaciones más pequeñas y cotidianas; apasionados, capaces de resistir a contracorriente, íntimamente indignados por el mantenimiento de una esclavitud y una escasez ya hoy innecesarias. Así somos. No hay nostalgia alguna entre nosotros. Nuestra hora no pasó. La de nuestra clase está aun por llegar, y con ella, la del verdadero nacimiento de nuestra especie como un sujeto colectivo consciente y libre.

III

En los tiempos del primer socialismo obrero -los comunistas icarianos en Francia y la Liga de los Comunistas en Alemania- la vida social del militante comunista era intensa. A la tradición de los banquetes, heredada del republicanismo, siguió la de los picnics, fiestas de prado que mezclaban el ocio familiar, la discusión y la formación política. En uno de los pocos aciertos de «El joven Marx», se muestra como Marx y Jenny conocen en una de estas fiestas icarianas a las afueras de París a Proudhon y Bakunin. La película, en cambio, no muestra ni de lejos lo que era la cotidianidad de los obreros de la Liga, a los que reduce a extras y decorado humano. La verdad es que estaban muy lejos de serlo. Al final de la jornada de trabajo se quedaba para fumar y beber una cerveza discutiendo los periódicos del día, que se compraban en común. El famoso segundo congreso de la Liga en el que se aprueba el Manifiesto Comunista vino precedido de meses de correspondencia entre los miembros de toda Europa, reuniones y largas discusiones. Y cuando por fin se celebró, en el «Red Lion» -un hotel/pub de Soho que todavía sigue abierto como coctelería- duró tres días enteros de intensos y apasionados debates. La importancia que sus miembros le daban iba pareja a su compromiso y éste puede medirse no solo por el brutal trabajo de preparación y debate previo, sino también por lo que suponía para un trabajador de la época viajar hasta Londres y renunciar al salario por un tiempo indeterminado... si no era detenido en el camino.

Podemos imaginar el ambiente de las reuniones comunistas por los relatos de los asistentes, para los que tales viajes eran grandes aventuras que describían en cartas y charlas a sus compañeros a la vuelta. Así sabemos, por ejemplo que cuando los delegados al encuentro de Sant Martin in the Fields en el que nacerá la I Internacional llegaron a las banquetas en las que trabajarían aquellos días, encontraron una bolsa de tabaco y dos pintas de cerveza. Un congreso obrero era un espacio de relación fraterna, de escucha y de reflexión. Un lugar donde se desarrollaba la conciencia de clase. Por eso las tretas y conspiraciones miserables de Bakunin y su secta generaron tanta

violencia en la gran mayoría de representantes obreros. Fue el primer aviso de lo venenosa que llegaría a ser la descomposición de la pequeña burguesía para los comunistas.

Si vamos a la II Internacional, con sus asambleas semanales, sus escuelas obreras, sus ateneos, sus casas del pueblo, sus cancioneros... realmente nos cuesta imaginar hasta que punto la expresión política independiente de la clase movilizaba alrededor toda una forma de socialización que multiplicaba la lucha obrera y su representación política en cada aspecto de la vida. Estas «pequeñas cosas» nos ayudan a entender a más de un siglo, y unas pocas derrotas de distancia la profunda relación con el partido obrero de millones de trabajadores, el drama que supuso la traición de la socialdemocracia y la fortaleza de los comportamientos militantes de la época revolucionaria que le siguió.

Todo esto que los académicos llaman hoy «la sociabilidad obrera», todas esas «pequeñas cosas», esa experiencia de fraternidad, superación intelectual y desarrollo político continuo que la vida socialista ofrecía, eran generadoras de sentido en la vida de cada militante.

Pequeñas cosas, sin grandes cosas abundan en la vida humana. Pero en la Historia, jamás se consiguen grandes cosas sin pequeñas cosas. Más exáctamente: las pequeñas cosas, en una gran época, integradas a una gran obra, dejan de ser «pequeñas cosas»

León Trotski. Sobre la vida cotidiana.

Eso no quiere decir en absoluto que fuera fácil ni que tuviera siquiera la comprensión del entorno, especialmente en los países, como España, en que el proletariado era débil no solo numéricamente. Juan José Morato -un tipógrafo que fue testigo, militante e historiador del primer PSOE- nos cuenta que en 1882

La simiente de la que nacería la Unión General de Trabajadores [se desarrolló al] ensanchar la esfera de relaciones personales de los núcleos socialistas (...) No

núcleos fuertes, sino más bien como aglomeración de contados amigos y partidarios, humildes obreros mecánicos todos, que tenían siempre enfrente la hostilidad de los anarquistas, el menosprecio de los republicanos y lo que era peor, la indiferencia de la masa obrera.

Juan José Morato. El Partido Socialista Obrero.

Leer a Morato es descubrir la lenta decantación, el esfuerzo intelectual casi heroico de aquellos trabajadores que apenas podían acceder y aun menos traducir, los textos marxistas europeos y que tenían que sostener el esfuerzo entre la represión, las migraciones forzosas y la escasez más absoluta. Tardaron años en llegar a tener su propio periódico semanal. Nunca aspiraron a otra cosa que la autofinanciación -una obviedad para una organización que se consideraba revolucionaria- y poco a poco construyeron a su alrededor un tejido que pivotaba sobre las «casas del pueblo», levantadas y financiadas por los magros sueldos de los propios militantes.

Podemos imaginar el orgullo y la sensación de fortaleza que les dieron aquellos edificios, modernos y bonitos, levantados con sus propias manos y que rivalizaban con los casinos de los caciques provinciales e incluso, en la capital, con el Círculo de Bellas Artes de la burguesía republicana. Y no hablemos de las campañas de alfabetización, las guarderías, las conferencias, es decir las «pequeñas cosas» al lado de las cajas de resistencia y, a partir de cierto momento, la representación política. La vida del obrero militante era una vida sacrificada por definición, arriesgada muchas veces y dura siempre. Pero estaba llena de sentido, colectiva e individualmente. Era enaltecedora y envolvía al trabajador desde el primer día en un proceso de superación personal, formación en comunidad y discusión colectiva permanente en que pasaba de aprender a leer a redactar e incluso a conocer los rudimentos del arte de imprimir.

Sin esta escuela de la Segunda Internacional es difícil entender, por ejemplo, cómo eran los militantes de base del partido bolchevique que mantuvieron la organización y derrotaron la primera gran tentativa contrarrevolucionaria, el golpe de Kornilov, enfrentándose a la dirección

del partido y coincidiendo, sin saberlo, con lo que defendía Lenin desde su aislamiento físico. Aislamiento que, por otro lado, solo era físico, pues no paró de enviar cartas y críticas al Comité Central del momento.

La vivencia del comunismo ha sido siempre, desde los orígenes del movimiento, lo contrario de la ideología pequeño burguesa, destinada al consumo individual, reducible a «experiencias», estéticas y actitudes. La actividad de los comunistas ha sido, aun en los peores momentos, aprendizaje y debate colectivo. Lo vemos en los testimonios que nos quedan del peor momento de represión de la contrarrevolución, la famosa «Medianoche en el siglo». Incluso los comunistas de la generación que vivió los momentos más dramáticos de la derrota de la clase y el exilio, retomaron y reconstruyeron la actividad militante creando rutinas colectivas de estudio, crítica, discusión e intervención, por modestos que fueran los medios y adversos los condicionantes. Si algo no han sufrido los comunistas ha sido la soledad individual.

Hoy más que nunca, el capitalismo nos niega como clase en todas sus manifestaciones ideológicas con la fuerza aplastante de su maquinaria mediática. La unión de la ideología culpabilizadora y negadora, machacada en cada minuto de radio y televisión, con la precarización del trabajo y la vida que impone un capitalismo agotado históricamente y económicamente es una verdadera máquina de atomizar y triturar. Por eso el primer acto de conciencia efectiva, ahora como siempre, es juntarse, estudiar y recuperar la teoría y la historia de nuestra clase y comenzar a entender y analizar con esos instrumentos la realidad.

IV

Desde los filósofos de la Antigüedad se había discutido la naturaleza social de nuestra especie en términos esencialistas y metafísicos. Pero en 1859 la ciencia da un salto de gigante con la publicación de «El origen de las especies». La teoría de la evolución da por primera vez una base material al famoso «qué somos y de dónde venimos» manoseado por todos los idealismos y religiones hasta hoy. Para el joven movimiento obrero revolucionario aquel avance fue una conquista científica especialmente valiosa que reforzaba e impulsaba su propia visión de la especie y su futuro. Nada que ver, desde luego con el burdo y anticientífico «darwinismo social» desarrollado luego por la burguesía británica que torcía la metáfora darwinista para justificar la concentración de capitales y la pauperización de las grandes masas de trabajadores. La lectura que hace entonces Engels es materialista y dialéctica. Materialista porque la forma de adaptación de los antecesores de nuestra especie, la transformación del medio mediante el uso de herramientas -es decir, el trabajo- no tienen otro origen ni motor que las puras necesidades materiales de la supervivencia; y sus consecuencias serán materiales también -el particular y característico desarrollo del cerebro humano. Dialéctica porque ese desarrollo se producirá en una relación compleja con el medio manifestándose como la interacción y alimentación mutua entre el lenguaje, el pensamiento, la capacidad de percepción y la misma capacidad de transformación de la Naturaleza, el trabajo.

[El trabajo] es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, debemos decir que el trabajo ha creado al propio Hombre. (...) Primero el trabajo, luego y con él la palabra articulada, fueron los dos estímulos principales bajo cuya influencia el cerebro del mono se fue transformando gradualmente en cerebro humano (...) Y a medida que se desarrollaba el cerebro, desarrollábanse también sus instrumentos más inmediatos: los órganos de los sentidos. (...) El desarrollo del cerebro y de los sentidos a su servicio, la creciente claridad

de conciencia, la capacidad de abstracción y de discurso, cada vez mayores, reaccionaron a su vez sobre el trabajo y la palabra, estimulando más y más su desarrollo y cuando el Hombre se separa definitivamente del mono, este desarrollo no cesa ni mucho menos (...) avanzando en su conjunto a grandes pasos, considerablemente impulsado y, a la vez, orientado en un sentido más preciso por un nuevo elemento que surge con la aparición del Hombre acabado: la sociedad.

Federico Engels. «El papel del trabajo en la transformación del mono al Hombre», 1876

Y es que lo que define la sociedad humana, la aparición de la especie en sí misma y su evolución social posterior -trabajo, lenguaje, conocimiento- es social y colectivo. La sociedad -originalmente y durante la mayor parte de la vida de la especie, comunidad igualitaria, no escindida en clases- es la forma de existencia material, tangible, de la Humanidad. La mera idea de poder pensar esa abstracción llamada «individuo» de plantear siquiera su oposición a «la sociedad» implica que ésta se ha hecho ajena a sí misma oponiendo entre sí a sus componentes, enajenándolos de la vida y la capacidad de transformación colectiva que les permite vivir, trabajar y conocer, abotargando sus sentidos y poniendo límites sociales, de clase, a su conocimiento. Eso, que se llama alienación, es el resultado último de la división, de la fractura en clases que se inaugura hace tan solo 10.000 años.

La fractura de la la sociedad en clases y el desarrollo de modos de producción y por tanto de formas de dominación cada vez más complejas fue un elemento acelerador del «desarrollo de las fuerzas productivas», de la capacidad transformadora de la especie y de su conocimiento. Su naturaleza fracturada dio forma a la conciencia social desde el primer momento. Aparece la ideología, al principio bajo formas casi exclusivamente religiosas, como conciencia falseada e interesada de la realidad al servicio de las sucesivas clases dominantes que, cabalgando y reflejando el desarrollo de las capacidades productivas, revolucionarán las relaciones sociales tras luchas sin cuartel. La ajenidad de lo social, su negación material de los explotados,

trascenderá la escisión material para convertirse en una escisión de la conciencia del conjunto y de cada uno.

Del difuso animismo de la comunidad primitiva, carente de la capacidad productiva suficiente para entender que es un metabolismo común con la Naturaleza, se pasa al nacimiento de los grandes dioses. La Humanidad, rota, deformada monstruosamente, no puede verse ya a sí misma si no es a través de su reflejo en seres fantásticos. Y conforme se desarrolla la división en clases, al hacerse más profunda la herida y con ella el estado que la mantiene y al tiempo evita que se desgarre aun más, aquel reflejo idealizado se hace más tenebroso y personal. La escisión social se multiplica hasta fracturar a cada uno, a cada miembro del conjunto social, entre un cuerpo y un alma. El miedo ya no es solo inseguridad ante la escasez sino miedo social organizado al servicio del poder de la clase al mando. El miedo trasciende incluso la promesa de otra vida posible, la vida ilusoria aplazada más allá de sí misma prometida por las religiones más avanzadas. Se extiende y gana a la vida por doquier. Como el retrato de Dorian Gray se torna tan cotidiano y abrumador, y es tan inimaginable un mundo sin él dentro de la sociedad de explotación, que resulta imposible de mostrarlo públicamente más que en días señalados y acompañado de la infinita colchonería de la ritualidad y la ceremonia. El miedo a la miseria de la explotación universal se ha convertido en miedo universal a la muerte. Solo quedan, como curiosidades antropológicas, algunos restos de la antigua, aunque incompleta, conciencia humana.

Las nobilísimas poblaciones mexicanas, convertidas al catolicismo bajo el impío terror de los invasores españoles mostrarían que han seguido siendo «primitivas» porque no tienen terror ni horror a la muerte. Esos pueblos eran, por el contrario, herederos de una civilización incomprendida por los cristianos de entonces y de ahora, transmitida desde el comunismo ancestral. El insípido individualismo moderno no puede más que sorprenderse tontamente si en ese apagado texto, se dice que las tumbas carecen de inscripción y que se preparan manjares a los muertos que nadie conmemora. Verdaderos muertos desconocidos no por una

retórica ahogada y demagógica, sino por la poderosa simplicidad de una vida que es la de la especie y por la especie, eterna en tanto que natural y no en cuanto estúpido enjambre de almas errantes en «el más allá», y para cuyo desarrollo son útiles las experiencias de los muertos, de los vivos, y de los que no han nacido, en una continuidad histórica cuyo desarrollo no es duelo sino gozo en todos los momentos del ciclo material.

(...)Estas comunidades, magníficamente poseídas por una poderosa intuición, reconocían el flujo de la vida en la energía que es la misma cuando el sol irradia sobre el planeta que cuando corre en las arterias del hombre vivo y se transforma en unidad y amor en la especie unitaria: especie que hasta que no caiga en la superstición del alma personal con su balance beato del debe y del haber -superestructura de la venalidad monetaria- no teme a la muerte y no ignora que la muerte del individuo puede ser un himno de alegría y una fecunda contribución a la vida de la humanidad.

En el comunismo natural y primitivo, incluso cuando la humanidad se limita a la horda, el individuo no intenta sustraer nada a su hermano, sino que está preparado para inmolarse sin el menor miedo para la supervivencia de la gran fratria. Torpe leyenda la que ve en esta sociedad el terror que inspira el Dios que se sacía con sangre.

En la sociedad del intercambio, de la moneda y de las clases, el sentido de la perennidad de la especie desaparece al tiempo que surge el innoble sentido de la perennidad del peculio, traducida en la inmortalidad del alma que contrata su felicidad fuera de la naturaleza con un dios usurero que posee esa odiosa banca. En esas sociedades que pretenden haberse alzado de la barbarie a la civilización se teme a la muerte personal y se prosterna ante momias, como en los mausoleos de Moscú, de infame historia.

En el comunismo que aún no se ha realizado, pero que es de una certeza científica, se reconquista la identidad del individuo y de su destino con el de la especie, después de haber destruido en el interior de ésta todas las fronteras constituidas por la familia, la raza y la nación. Con esta victoria toca a su fin todo temor a la muerte personal, y sólo entonces desaparece todo culto del vivo o del muerto – organizada la sociedad por primera vez en el bienestar, la alegría y la reducción al mínimo racional del dolor, del sufrimiento y del sacrificio – porque cualquier característica misteriosa y siniestra ha sido sometida al armonioso desarrollo de la sucesión de las generaciones, condición natural de la prosperidad de la especie.

Amadeo Bordiga. Janitzio no teme a la muerte, 1961

Nuestra clase está unida a cuanto hay de verdadero en la vida humana a través de dos dimensiones que definen su resistencia y su futuro: lo comunitario y lo comunista. Lo comunitario -la solidaridad, el igualitarismo espontáneo, el tratamiento del igual como un fin en sí mismo- representa la dimensión «conservadora» de la clase, la fuerza que ha de oponer diariamente para no ser atomizada y destruida por la dominación capitalista y el mercado, fuerza indispensable antes y durante cualquier combate. Lo «comunista» es la proyección programática de la lógica universal de sus necesidades y su existencia hacia el futuro. Presente continuo y futuro presente, no pueden existir uno sin el otro. Negar el futuro -como pretenden que hagamos las campañas sobre «la muerte» o el «idealismo» del comunismo- destruye la solidaridad y la capacidad de lucha hoy, sin las que a su vez todo futuro distinto de la barbarie, o incluso la extinción, se hace imposible para la Humanidad. La moral comunista no es más que la expresión de esta unión dialéctica, verdadera «antimateria» de la moral burguesa basada en sus opuestos: individualismo y enajenación.

Desde sus primeras formas -las teologías heréticas medievales al servicio de mercaderes y cambistas- hasta hoy, el mensaje moral de la burguesía ha difundido la atomización individualista, la indefensión y el miedo a toda comprensión colectiva de lo humano, dando una forma

metafísica a la sumisión a un capital cuyas dinámicas y naturaleza últimas no puede reconocer sin poner en peligro su propia dominación de clase. Por eso, el burgués no pudo ser en su primera afirmación política sino «temeroso de Dios»: su verdadero Dios, no sometía sus designios a los actos del mercader individual, le arrastraba en sus agonías y, tan cruel como caprichoso, le dejaba fácilmente de lado en sus resurrecciones.

El dogma calvinista cuadraba a los más intrepidos burgueses de la época. Su doctrina de la predestinación era la expresión religiosa del hecho de que en el mundo comercial, en el mundo de la competencia, el éxito o la bancarrota no dependen de la actividad o de la aptitud del individuo, sino de circunstancias independientes de él. «Lo que preside no es la voluntad o la acción del hombre, sino la misericordia» de fuerzas económicas superiores, pero desconocidas. Y esto era más verdad que nunca en una época de transformaciones económicas, en que todos los viejos centros y caminos comerciales eran desplazados por otros nuevos, en que se abrían al mundo América y la India y en que vacilaban y se quebrantaban hasta los artículos económicos de fe más antiguos y venerables: los valores del oro y de la plata.

Federico Engels. Prólogo a la edición inglesa de «Del socialismo utópico al socialismo científico», 1892.

Hoy la moral burguesa, envejecida y caduca por la decadencia general de la matriz de la que nace, se ha convertido en un monstruoso océano de soledad e inhumanidad, un «sálvese quien pueda» que honra los comportamientos abyectos de los punteros de su aparato político y presenta la sociopatía de sus dirigentes económicos como modelo de éxito. Ególatra como toda clase decadente, se autoretrata vergonzantemente en el cine y la televisión disfrazada, no sin cierta sinceridad, de clan mafioso. Sabedora de que hoy no pasa de fatalidad destructivo, pero aferrándose al crimen, blanquea sus culpas retratando a la ciencia como un peligro social y al desarrollo como la plaga en la que se ha convertido el capital al que sirve. Cada minuto de las muchas

horas de parrillas televisivas diarias, niega la posibilidad de superar el marasmo y el horror en el que chapotea. La moral burguesa vive en el escándalo y ni pudor le queda para intentar ocultar la codicia que no le deja ver en en ello más que una oportunidad de negocio. Pero eso sí, su último estertor irá destinado a los trabajadores. A negarnos. A intentar convencernos de que no hay otro futuro que un presente cada vez más inmundo ni otros sujetos políticos que los que cada día se saca de su roñosa chistera populista y universitaria. Incapaz de cultivar, anega de lodo, sangre y monstruos el campo entero de la vida social y su relato.

Y con todo, es sobre ese campo enfangado, sobre el que tenemos que ponernos en pie. Y no lo haremos si no somos capaces de erigir antes, desde el primer esfuerzo ascendente, una moral nueva.

Un partido reformista considera prácticamente inmovibles las bases del régimen que se dispone a reformar. Por ello, inevitablemente, queda subordinado a las ideas y a la moral de la clase dirigente. Habiéndose elevado sobre las espaldas del proletariado, la socialdemocracia se ha convertido tan sólo en un partido burgués de segunda calidad. El bolchevismo ha creado el tipo del verdadero revolucionario que, fijándose objetivos históricos incompatibles con la sociedad contemporánea, subordina la condición de su existencia individual, sus ideas y sus juicios morales a aquellos. Las distancias indispensables con respecto a la ideología burguesa eran mantenidas en el partido a través de una vigilancia intransigente cuyo inspirador era Lenin. No dejaba de trabajar con el escalpelo cortando los lazos que el ambiente pequeñoburgués creaba entre el partido y la opinión pública oficial. Al mismo tiempo Lenin enseñaba al partido a formar su propia opinión pública, apoyándose en el pensamiento y en los sentimientos de la clase ascendente. Así, a través de la selección y la educación, en una lucha continua, el partido bolchevique creó su medio no solamente político, sino también moral, independientemente de la opinión pública burguesa e irreductiblemente opuesto a ésta. Fue solamente

esto lo que permitió a los bolcheviques superar las vacilaciones en sus propias filas y manifestar la viril resolución sin la cual la victoria de Octubre hubiera sido imposible.

León Trotski. Historia de la Revolución rusa, 1930

La asimilación íntima de responsabilidades colectivas, la fusión al fin, de lo comunitario y lo comunista, solo pueden darse a través de la organización. Organizarse, para la clase, marca su paso de clase en función del capital a la clase que lucha por afirmarse levantando con ella el programa destinado a superar todas las escisiones y fracturas sociales de diez mil años de explotación.

Pero lo que se da en la organización general e independiente de la clase en sus despertares revolucionarios, tiene que darse bajo cualquier circunstancia en la organización de los comunistas. Organizarse para nosotros, significa hacer propias, a través de la discusión y el aprendizaje colectivos las responsabilidades históricas de la clase universal. Significa afirmar el fin de la esclavitud impuesta por la necesidad, el porvenir de la abundancia, a través del desarrollo de la conciencia de clase; cultivar una sensibilidad hacia lo humano mucho más amplia que el embotamiento al que aboca una cultura burguesa cada vez más morbosa y violenta. Significa al fin, llevar la moral proletaria un paso más allá, acercarla a esa moral verdaderamente humana que solo será posible para una Humanidad reunificada. El comunismo, ese «movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual», se convierte así en una afirmación permanente de la vida y del futuro, de la socialización de la responsabilidad y de la superación del individualismo: el primer destello de una vida sin miedo.

